

El encuentro definitivo con Dios:

Todos, en algún momento de nuestra vida, hemos pensado en la muerte, pues es algo de lo que nadie se puede escapar, ya que por más inteligentes o fuertes que seamos, nuestra vida terrena tiene un principio y, desde luego, un final. Jesús, desde su entrega amorosa en la Cruz, le dio sentido a la muerte, convirtiéndola en algo más, es decir, para la fe cristiana, la vida existe aún después de la muerte.

Decimos que nuestra amistad con Dios, nunca morirá, porque estamos tomando en cuenta el misterio de la vida eterna, lo cual, si bien es cierto que no puede medirse o calcularse, en ningún momento resulta algo imposible, especialmente, para quienes se han vuelto sensibles a la presencia divina y, por lo mismo, reconocen la huella de Dios en todo lo creado. Si Dios, en su capacidad creadora, dio origen a los factores químicos y físicos que han determinado la existencia del universo, no tenemos por qué dejarnos llevar por la confusión y descartar el misterio de la vida eterna.

Todo lo que sea trascendental como, por ejemplo, nuestra amistad con Dios, ha pasado a un tercer lugar, sin embargo, es necesario que recuperemos el sentido de lo trascendente, es decir, descubrir que el ser humano, lejos de nacer y simplemente morir, está llamado a trascender y, por ende, llegar a la vida eterna. Nuestro Señor Jesucristo, como el amigo del sagrario, el fiel consejero, el compañero en las grandes aventuras de la vida, seguirá con nosotros aún en la muerte, porque su amor es profundamente sacerdotal y, por ende, infinito.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68), esta expresión del Evangelio, nos ayuda a reflexionar sobre la trascendencia del mensaje de Cristo, pues sus palabras tienen consecuencias eternas, es decir, aunque pudiera confundirse con un mensaje filosófico, la realidad, es que Dios y la eternidad van de la mano, pues Él es infinito y, por lo mismo, quiere hacernos partícipes de la vida eterna, pues no dio su vida en la Cruz para que, simple y sencillamente, dejáramos de existir. Nuestro vínculo con Jesús, más allá de las barreras del tiempo y del espacio, tiene una dimensión profunda y, al mismo tiempo, única.